

trastado continuamente. El marxismo de Vidal o el libro pensamiento de Maud parecen siempre mucho más coherentes y de mayor potencia —al menos a nivel vital— que el catolicismo de Jean Louis, quien, en un rasgo de honradez por parte de E. R., jamás trata de convencernos de nada y ni siquiera se justifica. No es «Mi noche» un film de mala conciencia, sino muy próximo a la crisis, situación que sus personajes acaban de superar o en la que están a punto de caer.

Si sólo Jean Louis parece fuera de ella, es por el deseo de Rohmer de llevar hasta el fin una obra objetiva, no en el sentido directo del «nouveau roman», sino en otro que atañe más al espectador: presentar una situación conflictiva con el máximo posible de objetividad y facilitar el que cada uno, libremente, lleve a cabo su propia reflexión, su acuerdo o repulsa con respecto a unas ideas, a unas contradicciones, a unas posibilidades. Estructurada así la película, no deja de ser infantil calificarla de reaccionaria (recuérdese, como dato complementario, la polémica Pasolini-Rohmer sobre cine de poesía-cine de prosa, en «Cahiers» 1965).

A destacar, por último, la nula resonancia que «Ma nuit chez Maud» ha despertado en los medios católicos españoles. Una muestra más de su mediocidad intelectual. ■ FERNANDO LARA.

Y AHORA, FRANCIA

Según la publicación francesa «L'Idiot International», en Francia están prohibidos los siguientes films: «Revolution», de Jack O'Connell; «Wheel of Ashes», de Peter Emmanuel Goldman; «Echos de Silence», de Peter Emmanuel Goldman; «Le gal Sivoir», de Jean-Luc Godard; «Le Sublime et le Désirable», de José Bénazéraf; «L'Étreinte», de Paul Collet y Pierre Drouot; «La Question Ordinaire», de Marie-Jo Corajoud y Claude Miller; «L. B. J.», de Santiago Alvarez (Cuba); «Le Droit d'asile», de J.-Pierre Lajournade; «Mon nom: Superman»; «Les Amants de la mort»; varios films sobre el Mayo revolucionario; varios films chinos.

En 1969, de 408 films, 144 fueron prohibidos a menores (73 a menores de trece años y 71 a menores de dieciocho).



Jane Birkin, que formó con Serge Gainsbourg "la pareja del año 1969", en Francia, y que llegó a la fama más por la canción "Je t'aime... moi non plus" que por sus películas, ha terminado el film "Slogan", en el que tiene como pareja precisamente a Serge. La Birkin cantó "Je t'aime" por verdadero azar: Günther Sachs prohibió a su entonces esposa Brigitte Bardot intervenir en ella.

CANCION

Extremadura en la voz de Pablo Romero

«Grita más fuerte, no pidas por favor lo que te debes».

La marca discográfica Acción acaba de lanzar un nuevo disco de Pablo Guerrero que contiene dos canciones de amplio texto: Por una calle de Cáceres y Son hombres que se mueren sin haber visto la mar, ambas con letra y música del propio cantante-compositor, autor de Amapolas y espigas, la canción ganadora del Festival de Benidorm el año pasado. El caso de Pablo Guerrero resulta difícil de entender dentro del panorama de la canción actual y sus corrientes. Participa de muchos de los caracteres de las distintas modalidades que triunfan hoy dentro y fuera del mercado y es, sin embargo, una canción dis-

tinta, que, tras su triunfo sorprendente en Benidorm, camina en solitario desde una posición poco común, también, entre los cantantes. Lo que diferencia a Pablo Guerrero y a su canción de los demás cantantes y canciones parecidos (los dedicados a la canción social, testimonio, popular, regional) es, fundamentalmente, el origen del cantante y su temática, origen en el que predomina la conciencia campesina sobre la del joven estudiante de Filosofía que, además, se dedica a cantar sin preocuparse demasiado por ello, según nos parece. Pablo Guerrero canta a Extremadura, su tierra, con un lenguaje sencillo que se niega a abandonar el nivel de comunicación que podría entender un hombre de Extremadura o de cualquier otro sector de la vida campesina española, sin dejar por ello de testimoniar la reacción de su conciencia crítica frente a la situación de las tierras y los hombres que contempla. ¿Le restan modernidad su temática y su lenguaje? Pablo pien: que al nivel supraestructural de la cultura urbana podría ser así, pero que no ocurre lo mismo al nivel actual de la concien-



de dejar de participar de la mentalidad del muchacho barbudo, de camisa a rayas y guitarra bajo el brazo que nosotros hemos visto, y que es propia de la toma de conciencia social del universitario, se dirige hacia el páramo extremo, hacia el hombre que lleva "en su frente los surcos del sol y el tiempo". ■ F. ALMAZAN.

ARTE

Desde que esta sección se inició con un cierto sistemático, uno ha procurado siempre dotarla de una coherencia en la referencia de cada semana. Ha procurado que los artistas comentados en cada nota, si efectivamente son varios, que estén unificados por alguna especial identidad o, al menos, por alguna notoria divergencia. Hoy quiero hablar de dos artistas, expositores de estos días de Madrid: de Luis Seoane, expositor en Ramón Durán, y de Jorge Castillo, expositor en Seiquer. ¿Cómo los agruparía? ¿Cómo, por lo menos, les señalaría sus notorias divergencias? NO: no es posible asociarles ni siquiera para la discrepancia. Sin embargo, alguien menos exigente encontraría en seguida un subterfugio para la agrupación, porque ocurre que ambos artistas son gallegos. Y ambos son gallegos en los cuales la vida americana ha pesado de manera decisiva y fundamental... concretamente Buenos Aires... Bueno, pues no. Esa no sería razón suficiente para ninguna agrupación. Registro aquí sus nombres y sus comentarios, tal cual vienen. A lo mejor resulta que el lector encuentre entre ellos alguna identidad.

Luis Seoane: Galería Ramón Durán (Madrid)

Siempre me hago un lío con la peculiaridad gallega de Luis Seoane. Me parece que es así: Nació en Buenos Aires —en el seno de una familia gallega, como su nombre indica— y pasó en Galicia su juventud universitaria —resulta que es abogado!—,